



AYER Y HOY



N.º 40

Marzo - Abril 1954

NUESTRA PORTADA

Iglesia de San Miguel.

(Dib. por Manuel M. Pintado).



VICTORIO MACHO Y SU RESIDENCIA EN TOLEDO

Por ENRIQUE VERA

En uno de los lugares más sugestivos de nuestra ciudad, en peñascosa ladera sobre el Tajo, frente al monte rocoso donde se alza la ermita de la Virgen de la Cabeza, se construye actualmente un espléndido edificio, donde se propone residir el ilustre escultor español Victorio Macho, exponer sus magníficas obras y trabajar, dentro de un ambiente austero y de gran intimidad.

El estudio en construcción será un amplio local con capacidad suficiente para realizar grandes concepciones artísticas, con amplios ventanales, desde los que se contempla un bellissimo paisaje con el río, teniendo como fondo la espléndida vega, tan cantada por los poetas, que adquiere ese cromatismo tan vario y original en las puestas de sol, que Victorio Macho contemplará desde su estudio como sedante y recompensa bien ganada después de su diario trabajo.

Otro local de gran recogimiento y de intensa emoción será la cripta, dedicada a exposición de la estatua yacente del «Hermano Marcelo», recinto que, por su construcción sobria y austera, servirá de meditación y plegaria para el visitante.

El jardín, muy acogedor, sirviendo de decoración esculturas y bustos realizados por nuestro artista.

Victorio Macho, todo simpatía y de gran corazón, después de muchos años en el extranjero, donde ha realizado una obra ingente, expresiva y viril, continuación de la



COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

En prosa

Enrique Vera.
Alfredo Souto Feijóo.
Fernando Espejo.
Clemente Palencia.
Benigno González.
Pablo García Manzano.
Sandalio de Castro.

En verso

José M.^a Cirujano.
Ramón de Garciasol.
Leopoldo de Luis.
Tertulino Fdez Calvo.
J. Antonio Villacañas.
Alfonso Arévalo Martín.
Mario Angel Marrodán.

que realizó en España, reservada únicamente al genio, admirado por públicos selectos complacidos con su presencia, ha decidido, después de una vida de intenso trabajo y de grandes éxitos, residir en nuestra ciudad, que admira intensamente, y a la que piensa dejar su excepcional obra para la mayor gloria de Toledo y admiración de propios y extraños.

Contribuye a esta idea generosa su distinguida esposa, que espiritualmente le anima a realizar este

deseo, compartiendo con él sus aspiraciones.

Bien pueden estar complacidos los toledanos por haber escogido Victorio Macho nuestra ciudad como residencia, pues ello será motivo de importante aportación artística, que contribuirá a realzar la vida espiritual de Toledo. Sus valiosos conocimientos serán muy provechosos para nuestra ciudad, ya que es un defensor decidido de su original estructura, que debe conservarse como joya de gran valor artístico.

La construcción de referencia, motiva una mayor atención de las autoridades encargadas de la urbanización de esta zona, visitadísima por la mayor parte de los turistas que contemplan el espléndido panorama del río, cigarrales y Puente de



Fragmento de la estatua yacente de la madre de Bolívar, en la Catedral de Caracas.

San Martín, siendo muy conveniente que el muro actual que limita la pendiente sobre el Tajo, avance unos metros hasta la rasante del ángulo del jardín de la casa en construcción, con lo que se conseguirá una gran explanada para hacer decorosa la entrada al indicado inmueble, mayor visualidad del paisaje y completa urbanización de este lugar tan concurrido.

La Asociación de Artistas Toledanos «ESTILO», se complace en expresar su satisfacción por la presencia en Toledo del eximio escultor, manifestándole su más entusiasta bienvenida y profundo agradecimiento al escoger Toledo como habitual residencia y lugar espiritual para su trabajo.

POR EL MUNDO DEL ARTE

*El último éxito de nuestro compatriota, el compositor Ernesto Halffter (español 100 por 100, a pesar de su apellido), con su «Rapsodia portuguesa», ha sido clamoroso en Nueva York. Nuestro también compatriota Gonzalo Soriano, un valor de la generación actual conocido ya en el mundo entero, ha sido su intérprete pianístico.

*La niña de ocho años, Myra Burgo, italiana, lleva dirigidos más de cien conciertos en Europa y América. Sin embargo, se le predice que no perdurará su fama y popularidad, a menos que resulte ser «el uno entre un millón», porcentaje de «niños prodigios» que llegan a edad respetable conservando sus maravillosas facultades.

*El «Manual del Peregrino», cuya publicación inició Hohn Bunyan en 1678 en los idiomas más usuales, fué ampliando anualmente esta faceta, hasta el punto de que hoy en día se edita en 147, entre idiomas y dialectos, siendo el «bemba», hablado en Rodesia del Norte, el último incorporado. Es para uso de la religión protestante. Desearíamos poder dar pronto una noticia similar, o mejorada, respecto de un libro para peregrinos católicos.

*En el reciente coloquio celebrado en la Escuela Oficial de Periodismo, titulado «Los autores en el cartel», Joaquín Calvo Sotelo recalcó que lo difícil no es llegar a estrenar una obra de teatro, sino «conservarla» en el cartel. Esto, ¡ay!, sucede en todos los aspectos de la vida, sobre todo (¡perdón, de rodillas!), en la edad de las mujeres. Fácil-

mente y sin sentir llegan a los 30 años; lo difícil es «conservarlos».

*Bernard Shaw, el gran humorista irlandés (¿gran humorista o gran amargado?), escribió a un amigo, poco tiempo antes de morir: «La felicidad es como el trigo; no se debiera permitir de gustarla a quien no fuese capaz de producirla». ¡Paz a los muertos! Pero..., a juzgar por las «Memorias» que su secretaria escribió acerca de él, bien poca felicidad proporcionó a sus amistades y, mucho menos, a los demás. Tendría derecho, pues, sólo a unas migas de pan.

*Acaba de clausurarse una exposición, en la «Gallerie des Ponchettes» de Niza, de 370 litografías que Toulouse-Lautrec (el protagonista de la película «Moulin Rouge», que actualmente se proyecta por España)—, dejó al morir. Es el mayor exponente gráfico que se ha hecho del gran pintor fallecido hace 53 años.

*Rodando Rafael Rivelles una escena de «Don Quijote», película de la cual es protagonista, como se sabe, un «mirón», que nunca falta en los Estudios a pesar de la vigilancia ejercida, apostilló en voz lo suficiente alta para ser oída por el actor: —«No acaba de convencerme, Rivelles, no se da cuenta de que Don Quijote no era así»—. «¿Acaso le conoció usted personalmente?», le interrogó con fina ironía el gran comediante.

A. S. F.

“Setenta y cinco minutos en Burdeos”

Hay diferentes modos y maneras de hacer turismo más o menos agradables, profundas o imaginativas; casi tantas como diversas personalidades. Todo depende del punto de vista, y éste, está subordinado al gusto, cultura, carácter, educación y bolsillo. Cualquiera circunstancia es digna de tenerse en cuenta. En España, por observación, tenemos un relativo conocimiento de los diferentes métodos —por los que nos han sido dados contemplar—, aparte de las propias experiencias.

Hace años, mi amigo Alfonso Arévalo, vino a Toledo acompañando a un matrimonio —española ella y mejicano él—. Después de visitar un par de monumentos, mi amigo terminó el recorrido de éstos en compañía de la señora, mientras el marido se quedaba a la puerta; eso sí, guardó cuidadosamente todos los boletos para justificar su estancia aquí, entre sus amistades de allá.

Un conocido, fué de viaje nupcial a Sevilla. Allí se dedicó a levantarse a la una de la tarde, a tomar un aperitivo en el bar del hotel, a dormir la siesta y a ir al cinematógrafo por la tarde. Aburrido, volvió a su casa con cinco mil pesetas en la cartera, y sin conocer ni la Giralda,

El caso de técnica turística más depurada, he tenido ocasión de experimentarlo en un reciente viaje a Francia que hemos realizado un grupo de amigos. Consiste en lo siguiente: vuelta a la ciudad en automóvil, se compra la guía Michelin y una colección de tarjetas postales con vistas del lugar, y se hacen una serie de preguntas sobre lo más clásico de la ciudad o la región en comida, bebida o en objetos típicos. Si hay tiempo o dinero, se come, se bebe, o se compra. Si la población no es muy grande, todo se puede hacer en tres cuartos de hora. Cuatrocientos kilómetros en una jornada, permiten tres o cuatro paradas de este estilo y contemplar el paisaje, llevando una media horaria de cincuenta.

El turismo colectivo, tiene un fallo: la dificultad de aunar las diferentes voluntades en esa rara virtud que es la puntualidad, y la suma de las imprevisiones individuales. Nada más que con un retraso de treinta minutos sobre el horario previsto, salimos de San Sebastián con el proyecto de cruzar temprano la frontera por Behovia y de efectuar la primera comida del medio día en Burdeos. Pero el hombre propone, y su imprevisión dispone. Después de las tres de la tarde tomanos la carretera que debía de conducirnos a Burdeos y a Poitiers; a ambos lugares llegamos con un retraso de más de cuatro horas. Este segundo punto de partida fué San Juan de Luz.

San Juan de Luz es la clásica población residencia veraniega. Tiene todo el aspecto de cualquier pueblo grande de nuestra sierra de Guadarrama, con algún parecido con Castelldefels, o cualquier otro lugar de la costa catalana, en el trazado de sus calles y en el estilo de las edificaciones. Tiene una situación semejante a la de San Sebastián; la ciudad está defendida y reclinada en dos montes al borde del mar. Por el centro desemboca el río Nivelle, dejando a su derecha una playa en forma de concha. A pesar de haber estado en ella mucho tiempo, nada puedo decir de sus monumentos, si es que los tiene. Con dos o tres horas por delante antes de comer, en las cercanías de una playa y a siete de Julio, no hay que decir a donde fuimos a parar.

Burdeos nos hizo pensar en Londres: en ese Londres que no conocemos, pero cuyo aspecto suponemos muy se-

mejante al del puerto bordelés. Al fin y al cabo todos los puertos son iguales y todos los ríos navegables son parecidos. A primera vista, parece que el Gironda divide la ciudad en dos partes, pero no es así: en una orilla está Burdeos, y en la otra lo que era o es el arrabal de «La Bastide». Inmediatamente me acordé de Toledo: la ciudad en una ribera del Tajo, y en la otra, la Bastida. Quizá la denominación de ambos lugares —Nastide y Bastida, significan lo mismo—, tengan su origen en antiguas fortificaciones.

A velocidad meteórica dió nuestro autocar una vuelta por la población. Vimos calles anchas y modernas, y, otras viejas, estrechas y feas. Grandes edificios, y una gran y bella plaza cuadrada dando frente al río. No podía faltar, y no faltó, ese inevitable y monumental teatro municipal que hay en toda ciudad francesa que se precie de su importancia: edificación de gran tamaño, con fachada de piedra y aspecto de Cámara de los Diputados o de Bolsa de Comercio.

Exactamente en el centro geométrico de una grandiosa plaza cuadrada, se encuentra la catedral de San Andrés. Una viejecilla muy peripuesta, llena de ricitos y que se cubría con una sombrilla de colorines con forro interior de seda —forro desprendido en parte y desgarrado—, nos informó, entre otras cosas, que la citada plaza se llamaba du Pey-Berland y que en el campanario había una monumental campana de dos toneladas de peso. Más pesa la de Toledo, pensé para mis adentros.

El templo es de estilo gótico y su campanario, al que antes he aludido, es una torre no muy alta, edificación separada, que se eleva a medio centenar escaso de metros. Al recorrer las calles, me pareció ver en otra iglesia el mismo caso. Su puerta, más curiosa, tiene a cada lado unas torres iguales. Entonces, por vez primera, oí hablar de esa tradición francesa, real o ficticia, de que sólo las catedrales, sedes arzobispales en la época de su construcción, pueden tener dos torres gemelas, exactas y de la misma altura. Y los ejemplos que contemplamos, así parecen confirmarlo: París y Burdeos, y Poitiers y Chartres.

Veinte minutos antes de abandonar Burdeos, cruzamos el río y pasamos el tiempo que nos restaba en el arrabal de «La Bastide». La plaza de entrada a este barrio, en la que desemboca el puente, tiene un título y una apostilla, graciosos, por lo paradójicos que hoy resultan: Plaza de Stalingrado (ciudad heroica y mártir).

A continuación, compramos unas cuantas tarjetas postales y su correspondiente franqueo, nos sentamos en la terraza de un bar, y pedimos vino de la tierra, mientras escribíamos. Amablemente se nos sirvió y se nos dijo: que no tenían Burdeos, que nos recomendaban aquel vino que nos habían puesto delante, que era Dordoña y tan bueno como el bordelés. Francamente, nos quedamos bastante extrañados.

Poco después, nos subíamos a nuestro «Pegaso» dispuestos a pasar, de la mejor manera posible, las cuatro horas largas que nos quedaban hasta Poitiers. La experiencia fué alentadora: setenta y cinco minutos en Burdeos y una impresión fugaz de la ciudad, suficiente para escribir este artículo. Y la repetimos de manera parecida en Poitiers, Chartres, Vaux le Vicomte, Châteauroux, Limoges, Bergerac, Auch y Lourdes.—F. ESPEJO.

Acto poético en homenaje a Garcilaso

El día 19 de Marzo se celebró la tradicional reunión poética que ESTILO dedica anualmente al príncipe de los líricos españoles y poeta toledano Garcilaso de la Vega.

Tuvo lugar el acto en el Salón alto del Excmo. Ayuntamiento, honrándonos con presidirlo el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo Auxiliar de la Diócesis, D. Francisco Miranda Vicente, con los Excmos. Sres. Gobernador Civil y Militar, Ilmos. señores Presidentes de la Diputación, de la Audiencia y Alcalde de Toledo.

La concurrencia fué selecta y numerosa. El Sr. Palencia pronunció un breve discurso analizando la personalidad y la obra de Garcilaso e hizo la presentación de los poetas que vinieron de Madrid a tomar parte en el acto, Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis y José María Cirujano. Intervinieron los siguientes poetas: Tertulino Fernández Calvo, Gonzalo Payo, J. L. Sandalio de Castro. Atanasio de Castro declamó las composiciones de Eduarda Moro, que por luto reciente no pudo asistir al acto; Luis Serrano Vivar, Clemente Palencia, J. Antonio Villacañas, Alfonso Villagómez Rodil, José María Cirujano, Leopoldo de



Poetas que intervinieron en el homenaje primaveral a Garcilaso. De izquierda a derecha: Ramón de Garciasol, Enrique Vera (Director de ESTILO), Tertulino Fernández, Leopoldo de Luis, Clemente Palencia, J. A. Villacañas, Luis Serrano Vivar, A. de Castro, José M.^h Cirujano. Abajo: J. L. S. de Castro y Alfonso Villagómez

Luis y Ramón de Garciasol. Atanasio de Castro declamó un soneto de Garcilaso y fragmentos de sus Eglogas. Todos los que intervinieron fueron muy aplaudidos.

A continuación se hizo la ofrenda de flores ante la tumba de Garcilaso, en la

iglesia de San Pedro Mártir, de manos de la bellísima señorita Pilar Yubero, cerrando el acto J. Antonio Villacañas, que declamó la poesía dedicada a Garcilaso que publicamos en la página sexta de este número.

POEMA DE LA RESURRECCION DE LA CARNE

*Algo más que la voz con que albricie
a la carne esperanzas. Revestida
en la recta del árbol, diluida,
algo más que concreta superficie.*

*Más aún que ser árbol que no vicie
lo que tiene de símbolo de huida,
algo más que su estática, la vida,
dimitiendo finales cuando inicie.*

*Y la vida del árbol si se huye
no deshace consigo la figura
en potencia de ser plantada y muerta.*

*¡Ay, mi carne — que muere y se destruye
al hacerse carroña de su hechura —
cómo envidia las sombras de tu alerta!*

JOSE MARÍA CIRUJANO
(De su libro *Tan sólo Eternidad*).

CANCION INTERIOR

Qué vocación de campana
en mi corazón maduro,
porque sangra.

Qué evidencia de la flor,
cuando falta.

Qué verdad que existes, Dios.
Están las puertas cerradas.

¿No sentirás esta noche,
dolor, que te nacen alas?

Cómo lates primavera
tras de las puertas amargas.

No; no lloro. ¿Y esta sangre?
¡Bah, mujer! ¡Dentro me cantas!

RAMÓN DE GARCIASOL

SALIDA DEL COLEGIO

Eran las ocho. Habíamos dejado
un día más bajo el oscuro techo.
No nos dábamos cuenta. Cada tarde
nos acercaba al hombre, sin saberlo.
Cerrábamos el libro. Otra mirada
niña, perdida para siempre. Lejos,
pero pausadamente aproximándose,
unos ojos de hombre floreciendo.
Las acacias de Octubre a Octubre en vilo
negreaban ya el patio del recreo.
Siempre al coger mi abrigo recordaba
yo a mi madre.

Las ocho.

En el silencio

de la calle irrumpíamos nosotros.
Un aire frío. Aldebarán luciendo.
Luego nos alejábamos con pasos
que claramente aún escucho dentro.
Pasos hacia la pena de ser hombres
y de vivir y de seguir muriendo.
No nos habían dicho
que la vida era esto.
Que sólo la miseria educa a otros
niños que un día exigirán su puesto
de hombres junto a nosotros. No sabíamos
que el mundo está mal hecho.
Eran las ocho.

Al recoger mi abrigo
yo me acordaba de mi madre, lejos.
Hasta hoy no he sabido la tristeza
que tiene la salida del colegio.

LEOPOLDO DE LUIS

CINCO SONETOS

BALCON

Aquí, en este jardín en miniatura,
oasis de ilusión en la calleja,
gozan los ojos, entre vidrio y reja,
una vivaz policromía pura.

Aquí lo azul del lirio, aquí la albura
de la cala que al nácar se asemeja,
aquí el gualdo narciso y la bermeja
tinta de fuego que al clavel purpura.

Aquí yergue su gracia la glicina.
Aquí tienen, en húmedo escondrijo,
las tempranas violetas su resguardo.

Aquí sueño una mano femenina,
ideal jardinera que, de fijo,
es sedosa y fragante como un nardo.

T A J O

Fúlgida limpidez que corre bajo
la meridiana luz de un sol de estío,
vena de plata y de oro, viejo río
cuyo murmullo ninfas mil atrajo.

Sierpe que se retuerce con trabajo
para quebrar la roca a su albedrío,
urna de claridad, escalofrío
del paisaje, fugaz espejo, Tajo.

¿Cómo me pides tú que yo te cante?
Atrevimiento fuera intemperante
que la canción surgiese en mi garganta,

cuando en tu dulce son, en las divinas
músicas de tus aguas cristalinas,
eternamente Garcilaso canta.

BAJOZ

Ay pequeño Bajoz, ay río claro
de mi pueblo natal: en caz de arcilla,
móvil agua perenne que se humilla
bajo el puente, de sombra gris avaro.

De Torozos descienes y a tu amparo,
sobre las glebas de tu izquierda orilla,
yérguese Mota del Marqués, la villa
que cuna fué de mi linaje caro.

Lejos de ti desde mi edad temprana,
en esta abrupta roca en que hoy me pierdo
y a la que el Tajo da rumor bravo,

¡con qué cariño firme, con qué gana,
con qué vivaz nostalgia te recuerdo,
ay pequeño Bajoz, ay claro río!

A B R I L

Ligero, alegre, claro, suave, llega
abril. Oh sinfonía de colores:
ocres tiernos de cárcavas y alcores,
altos azules, verdes de la vega...

Cómo el aire es sutil. Y cómo riega
el sol haces de tibios resplandores.
Cómo el agua, en acequias y atanores,
a la delicia del rumor se entrega.

Abril, abril, abril: Yo te saludo
—mi alma abierta a tu luz y a tu optimismo—
y en tu gozo inicial mi vaso lleno.

¡Oh tú, maravilloso mes desnudo,
promesa de buen tiempo que es, al mismo
tiempo, fiel realidad de tiempo bueno!

ESQUINA

Arista vertical que corta el viento
firme perfil de piedra berroqueña,
la esquina de tu casa sueña y sueña
ser proa de bajel en movimiento.

Anclada en la ciudad, en el cemento,
en el asfalto gris de la pequeña
plazuela, se levanta, siempre dueña
de sí, puntal del claro firmamento.

De noche, en el promedio de su altura,
brilla un farol cuya luciente gracia
finge a sus pies un mar de maravillas...

¡Esquina con afán de singladura
bogando sin bogar, inmóvil, hacia
no sé qué melancólicas orillas!

TERTULINO FERNÁNDEZ CALVO

UN MOMENTO SIN ABRIR

No sé lo que te espera,
qué te dará la Historia
nueva de mucho tiempo.
Si alguna vez la tierra
te seguirá de nuevo
por encima de un todo
jugoso e inocente.
Si se verán tus ojos
al sol cada mañana,
que nos está esperando
tan resignadamente.

Si se tienen dos cosas
contra toda esperanza
(las dos cosas jugando
entre tú y yo asustadas),
las dos cosas abiertas,
las reconozco. Saltan
hacia todos los brazos
sin color, sin mañana.

He levantado mucho
mi cabeza, pensando
nada que se parezca
a la sed ni al invierno.
Y estoy como soñando
de dos en dos los sueños,
pisando, resignado,
sobre cada recuerdo.
Te entretengo tan alta,
vida de mucho imperio...
y en dos piezas labrando,
tus manos sobre el tiempo,
van otras dos nostalgias
— mi dolor en el centro —,
haciéndome paciencia
de cada cementerio.
Mañana haré un resumen,
que me estaré muriendo,
de las precocidades
de tantos testamentos.

Y volveré a callar como una cosa
que no se atreve a hablar de entre los muertos.
Ya están las dos palabras en mi boca
haciéndose cerebro.
Dos cosas para Dios, una tras otra,
después de haber pensado mucho tiempo.

Callad todos y oid, que estoy diciendo
con un silencio a Dios,

«Llévame dentro».

GARCILASO

En la ofrenda de flores ante su
tumba, en la Iglesia de San Pedro
Mártir, de Toledo (19-Marzo-1954).

Está pegado tu silencio al mármol
y hablando con la muerte están las flores.
Sedientas de distancias las palabras
saltan de la conciencia.

Si responde
cada palabra a la verdad ahora,
cada palabra la verdad recoge.
La muerte tiene un nombre inconfundible,
nombre de sueño, soledad, y nombre
de tiempo sepultado que nos habla
con cenizas de versos que en Dios pone.

Dí en tu silencio que la flor es linda
con el mármol cortado. Que es de bronce
cada voz en los labios de la muerte,
hallada en la demencia de los hombres.

Cada poeta tiene un verso nuevo
y reza ante tu tumba, y pone flores;
y es la ancha soledad contra la tierra
su misma realidad ingenua y noble.

Cada poeta piensa en el poeta
que en esta hora penitencia impone.
Está la estancia respirando versos
como suspiros de oración, y corre
el aire de los siglos comparando
un año más el verso con tu nombre.

¡Apretad contra el muro vuestro llanto
de lírica oración! Soltad las flores
encima de la Muerte, preguntando:
¿Oirá el poeta nuestra voz de hombre?

Juan Antonio VILLACAÑAS

FABULA MORUNA

Por BENIGNO GONZÁLEZ

A Sandalio de Castro, agradecido.

Sin dudarle, Krimo, es el mejor narrador de cuentos en el Norte de Africa.

Un religioso silencio de los oyentes acompaña a la fácil palabra y enérgica mímica en este rifeño de mirada viva y penetrante.

Al notar la influencia que ejerce en su auditorio, es para nosotros comprensible uno de los aspectos más interesantes en el carácter del musulmán: La impresión que le produce cuanto se le dice y logra su atención; de tal manera, que parece como si lo viera, incluso llega en su exaltación a imitar ademanes y contracciones del narrador como si viviera aquel momento.

Debido a una bien explotada aureola como narrador, es considerable el éxito de Krimo en los zocos y caminos de Marruecos, pudiendo decirse sin equivocarnos, que —vive del cuento—.

Él posee los secretos de saber impresionar a cuantos le escuchan; unas veces refiriendo gestas de héroes populares, otras, deleitándoles con escabrosos pasajes de los cuentos de las Mil y Una Noches, y las más, improvisando tan exageradamente que en más de un cafetín pude oír que mi amigo el narrador «jasía mocha mentira»

Fuí oyente suyo alguna que otra vez, pues nadie como él para lograr despertar curiosidad con aromas de viejas leyendas, tan pródigas en tierras del Islam. Me aclaró algunos extremos sobre un personaje legendario cuyo solo nombre hace estremecer de horror a cualquier musulmán: AICHA-KANDISA.

Cierta tarde, en el zoco T'lata de Ketama, cuando había desaparecido el bullicio natural de un día de mercado y las cañadas murmuraban el paso de los cabileños camino de sus aduares, encontré a Krimo. En aquel momento lucía sus condiciones de psicólogo de multitudes frente al conductor y viajeros de un destartalado autobús que le negaban subir por ir mucho más que completo.

Su verbo no era muy florido y tal su desesperación por abandonar pronto aquellos lugares, que me acerqué a conocer las razones que le impulsaban a darse tanta prisa.

Incitó mi curiosidad el conocer que en la noche anterior a un natural de la cábila inmediata, se la había aparecido Aicha-Kandisa, y gracias a la ligereza de sus piernas no había tenido que lamenter un contratiempo.

En nuestra Zona del Protectorado, los habitantes son muy supersticiosos. Allí se cree en todos los poderes sebrenaturales y más que nada en la acción de los espíritus maléficos, que por cierto se cuentan por docenas.

Con la promesa de acompañarle hasta el punto donde se dirigía, accedió —no sin grandes ruegos por el temor que le inspiraba el relato— contarme cuanto supiera de ese ser demoníaco cuya invocación por sí sola hace palidecer a los indígenas.

Aicha-Kandisa, es un diablo cuya seguridad de haberlo visto y hablado está casi generalizada. Toma forma de mujer de una belleza física deslumbrante, y —según Krimo— unos ojos que solo pudieran encontrar rivales en el paraíso de las doncellas, cuya entrada está reservada a los buenos creyentes.

Pero no es la belleza lo que asusta al musulmán. Bajo la rica túnica que viste y cubre un atrayente busto, asoman unas pezuñas de cabra según unos, y de camello o asno en versión de otros. Relatan algunos cabileños de Beni-Seddat, lo extasiados que quedaron al divisarla bañándose en un arroyuelo, pasando de la inefable contemplación a la locura transitoria por la horrorosa visión de las deformes patas y curándose gracias a unas hierbas recogidas en el mismo punto donde fué vista.

Me señaló el asustado fabulista el lugar de la aparición, situado en un pradillo que cruza el camino de Ketama a Llano Amarillo y punto de paso obligado del viajero que a pie efectúe este recorrido.

Aicha-Kandisa elije parajes de exuberantes vegetaciones o arroyuelos escondidos y su presencia ante el elegido tiene por objeto seducirle con promesas amorosas imposibles de eludir. Todos los exaltados, idiotas, epilépticos y locos —dicen sus familiares—, tienen en su interior un geniecillo difícil de expulsar y dejado por este demonio después de un desgraciado encuentro.

Esto fué cuanto me refirió Krimo, quien finalizando la charla invocó repetidas veces el nombre de su santo patrón, al mismo tiempo de juntar las manos y mirar al cielo con ojos adormilados, asegurando que mi insistencia en el relato le obligaría a recurrir a los buenos oficios de un santón que le recetara algo que le inmunizara de tan desagradable hallazgo.

No tenemos noticias si aquella noche Aicha-Kandisa volvería por aquella cábila o tendría quehacer en otra. Nosotros, cuando abandonamos el zoco de Ketama, solo dejamos en su recinto ese asqueroso tipo de perro moruno, en suficiente cantidad y con la sana ocupación de engullir todas las inmundicias.

Y en el aire una fábula moruna capaz de aterrorizar al más sereno de los cabileños.

Los jueves de la Puerta del Sol

Bajo esta denominación, Estilo ha organizado un ciclo de actos íntimos en su domicilio social, a desarrollar por algunos de sus más distinguidos asociados durante estos meses anteriores a las vacaciones veraniegas. Han tenido lugar los cuatro primeros, correspondientes al mes de Abril, y han constituido por todos los motivos un gran éxito, ya que consiguieron congregarse en el histórico recinto de la Puerta del Sol un público tan selecto como numeroso, que ha sabido comportarse, en el coloquio público de cada conferencia, con una altura y con una dignidad que dicen mucho no sólo del nivel de la Asociación, sino del tono cultural de una ciudad de tan alto prestigio como Toledo. Vamos a reseñar a continuación cada uno de los cuatro actos del mes de Abril, muy brevemente, porque no disponemos de mucho espacio, aun cuando nuestro deseo sería dedicar todo el número, pues ampliamente lo merecen.

Conferencia de D. Clemente Palencia

Tuvo lugar el jueves día 1.º. El Director de AYER Y HOY desarrolló el tema «La poesía religiosa actual». Durante media hora, el Profesor Palencia, con la maestría de dicción y sentimiento en él habituales, nos deleitó a los oyentes, introduciéndonos inteligentemente dentro del clima lírico elegido. Documentadísima fué toda la disertación, pero su erudición no esfumó por un solo momento la línea espiritual del tema, que supo trazar de una manera clara y precisa, brindándonos admirables y atinados ejemplos. Destacó sobremanera la figura cumbre de D. Miguel de Unamuno, y, siguiendo algunos fragmentos del gran poema «El Cristo de Velázquez», nos situó el Profesor Palencia dentro de la llama poética y a la vez humanísima del gran vasco, destacando los perfiles del poeta y situándole en el lugar altísimo que le corresponde: el de un cantor de primera línea, una de las pocas figuras que van creciendo después de la muerte y agigantando su silueta en el panorama de la poesía española.

El Sr. Palencia fué aplaudidísimo y muy felicitado, no sólo por la clara exposición del tema, sino además por el dominio perfecto de la materia tratada.

A continuación, varios asociados

asistentes formularon muy atinadas preguntas y aclaraciones, todas ellas contestadas por el conferenciante con la justeza de lenguaje y la erudición que le han proporcionado el alto prestigio de que goza en el ambiente intelectual.—F. A.

Conferencia de D. Fernando Allué

Se celebró el jueves día 8. Resultó de extraordinario interés, ya que en ella expuso el conferenciante, de modo elocuente y documentadísimo, unos comentarios a «Las Rimas Sacras», de Lope, obra altamente relacionada con Toledo, en donde se incluye la elegía a su hijo Carlos Félix, nacido en la Imperial Ciudad el 28 de Marzo de 1606, y cien sonetos de acabada redondez espiritual.

Comentó el delicado idilio pastoril que encierra el soneto 51; el asunto del Descendimiento de Nuestra Señora, de exquisito barroquismo, que motiva el soneto 55, y el 94, lleno de arrepentimiento: «Yo pagaré con lágrimas mi risa», asociado al nombre del vate toledano Baltasar Elisio de Medinilla. Con visible emoción destacó el Sr. Allué las dotes poéticas de Lope en el aspecto lírico.

La segunda parte de tan interesante conferencia se dedicó a la famosa comedia de Lope «Las paces de los Reyes y la judía de Toledo». «Fué Lope, dijo el conferenciante, el primero que dió el nombre de Raquel a la judía que figura en los amores reales de Alfonso VIII». Modernamente han dedicado su atención a esta obra el gran poeta austriaco Grillparzer y el italiano Farinelli; fué la que más abominaron los preceptistas del siglo XVIII, por la diferencia de edad del Rey en cada uno de los tres actos.

El Sr. Allué destacó la brillantez del ambiente toledano en que se desarrolla la comedia, aludiendo a personajes de la época, como el Cardenal Sandoval y Rojas, Baltasar Elisio de Medinilla y otros. Lope de Vega no fué superado en este tema ni por Luis de Ulloa en su poema «Raquel», tan elogiado por Quintana, ni por otros dramaturgos como Mira de Amescua, Diamante o García de la Huerta.

Terminó el acto con un animado coloquio, en el que intervinieron bastantes oyentes.

Lectura de poesías originales por Juan Antonio Villacañas (Jueves 22)

Con el mismo entusiasmo que en los jueves anteriores, tuvo lugar esta tercera reunión, dedicada exclusivamente a la poesía. D. Clemente Palencia expuso brevemente las tendencias

actuales en el verso y trazó la semblanza del conferenciante a través de sus cuatro libros publicados.

El Sr. Villacañas leyó los siguientes poemas originales: «Extraño a la verdad», «Toledo desde Roma...» y «Madre». Intervinieron en los comentarios a esta lectura, que resultó muy del agrado del auditorio, el escritor Coronel D. Alfredo Souto Feijoó, el Catedrático D. José Pastor, el poeta don Tertulino Fernández Calvo y otros.

Pudimos apreciar una marcha ascendente, tanto en la elaboración artística del poeta como en los motivos de su inspiración, tocando temas de carácter transcendente dentro de una poesía pura, original y personalísima. El Sr. Villacañas fué muy aplaudido y felicitado por el selecto auditorio.

Conferencia de D. J. L. Sandalio de Castro (Jueves 29)

«La poesía a través de la Radio», fué el tema que desarrolló el conferenciante, con gran competencia por constituir una de sus actividades más destacadas como Director de una revista poética en Radio Toledo y Jefe de la Sección de Radiodifusión del F. de J., dirigiendo las emisiones por semana.

Expuso la modalidad especial que encierra esta nueva manifestación de los tiempos actuales, en los que se necesita que lleguen hasta el hogar las voces de los poetas. «Más que poesías selectas o de difícil interpretación, dijo, ha de manejar el locutor la poesía vibrante, formalista y rimada que provoque la atención de un ambiente lejano al poeta».

El Sr. De Castro hizo una deliciosa descripción de la misteriosa trama que lleva consigo el micrófono ante los labios, el auditorio desconocido e invisible y la fuerte emoción del vacío que siente el locutor.

Leyó a continuación cinco sonetos originales dedicados a la Radio. A petición del auditorio tuvo que repetir alguno de ellos, que fueron muy aplaudidos.

Durante el mes de Mayo se continuarán estas sesiones todos los jueves, a las ocho de la tarde, en el mismo local (Puerta del Sol). Son completamente públicas, sin necesidad de invitación personal. El jueves 27 no habrá, por ser la festividad de la Ascensión de Nuestro Señor. En los otros tres jueves del mes intervendrán don Tertulino Fernández, D. José Pastor y D. Guillermo Téllez.

LOS CHICOS DE MI CALLE

Por PABLO GARCÍA MANZANO

Que quiero creer son más o menos parecidos a los de las demás, y si empleo el posesivo, no es que pretenda disputar al Municipio su propiedad, sino insinuar tan sólo que estas calles de mi barrio hacen un tanto diversos los juegos de sus pobladores, influyen en ellos para cualificarlos.

Por otra parte, creo que las calles, como lugares de uso común, son en cierto modo nuestros, y si el contacto con ellos es de varios años, llegamos a considerarlos como cosa propia. Al fin y al cabo, es una muestra de un instinto humano: el de dominio.

Pues bien, decía que hay algo de diversidad en estos niños y en sus juegos, que les viene de los lugares donde los ejercitan. La infantil especie admite ramificaciones y subgrupos, que en este caso, se encuadran por barrios, como un padrón.

Aun cuando muchas veces he deseado de todas veras un cambio de tiempo, y no precisamente para un mejoramiento de las cosechas, o con la imaginación he anhelado un nuevo diluvio sin arca salvadora, convertido en barrizal o tendido espesa nevada sobre el lugar que estos pequeños héroes convertían en campo de Marte, confieso que a veces los he admirado y siempre contemplado. Y si a primera vista pudiera aparentar que la contemplación de este plan supone una pérdida de tiempo o es pasatiempo de bobos, he de decir que no es así, o al menos este adjetivo se atenúa hasta quedar en embobados. De esto ya doy fe.

Me han venido a sacar de mis tareas y me han hecho volver la vista hacia el cristal unos chillidos agudos: ¡Al castillo, ya es nuestro! Después ha retemblado un armarito de mi habitación, han trepidado los cristales y unas manchas azules, grises, han volado sobre los guijarros. Luego me he quedado pensando, abstraído.

Si no hubiera visto su indumentaria alzarse sobre el suelo, si no me fueran familiares sus voces chirriantes como de vencejo, aquel grito guerrero y este trotar hubieran disparado mi imaginación haciéndome creer que unos siervos de la gleba se levantaban en algarada contra el feudal morador del castillo. Hubieran hecho vivir a mi imaginación estas escenas que ya sólo cuentan las Historias.

Pero no. Son ellos, muchachos del siglo XX, que están jugando en unas calles muy medioevales, muy recoletas de una ciudad adormilada, quieta como un poso.

¿A qué juegan estos niños? Pero primero convendría conocer su escenario; siempre éste hace algo al actuante, le anticipa.

Las callejas, callejuelas que lo limitan, forman un laberinto a la medida de estos dédalos que lo devanan día tras día. Laberinto pintoresco, lleno de una serenidad conventual —y es que en realidad, el espacio en blanco de sus plazuelas no es otra cosa que jardín o patio entre los muros de iglesias y conventos que las forman—, serenidad que ellos levemente agitan con su vocerío.

Todo este núcleo de callejones, placitas, pasadizos, sería decorado ideal para una comedia de capa y espada, de aquéllas representadas en corrales para gusto y fruición de la «cazuela». (No sé por qué se me antoja que esta parte de la ciudad es de estirpe moruna, la antigua morería; con ello doy pie forzado al posible erudito).

Tiene una parte techada, los cobertizos, que hacen inútiles aunque lleguen a realizarse aquellos mis deseos, mis malos deseos, de cambios climatológicos que los retuvieran en casa. Porque ellos, bajo su techumbre de vigas renegridas, se ríen de la cortina blanca del agua y se asoman a los charcos que forma la lluvia; yo les he visto estar mirándolos, como narcisos desgreñados, y llevarse así largo tiempo en cucullas. No sé si mirarian a su fondo misterioso de mar interior diminuto, a sus rostros salpicados de barro o a los celajes que el charco refleja; yo creo que esto último, porque son niños aún.

Quizá les extrañe que en su turbia linfa se vea el cielo y es que no saben que existe en todo, incluso en lo feo, un reflejo azulado de lo limpio,

Además, saben extraer un placer íntimo de estas forzadas reclusiones que les deparan la ocasión de urdir futuras andanzas como rateros en la cárcel, al tiempo que hacen del cobertizo un a manera de desván o camaranchón, ese sitio donde se ocultan cosas y en el que siempre nos ha intimado entrar. Y es que, sin duda, existe una poderosa atracción de lo miste-

rioso, de lo oscuro y en silencio que lleva a estos muchachos, como antaño a mí, a bucear en las sombras que pueblan estos sitios, en el espeso silencio que se enrosca a las columnas de los pórticos, buscando al miedo una sensación agradable y cosquilleante.

Tiene también la infantil caterva sus Termópilas particulares, enlosado desfiladero al que las verjas que lo aíslan dan aspecto de mazmorra y que utilizan sabiamente en sus combates estos estrategas. Y viene a completar pintoresco feudo el «Picadero».

Situado en el centro y bordeado de altos pretilos, fué en tiempos picadero de fogosos caballos y hoy lo es de estos potrillos que lo asolan. Hacen del él cuartel, ágora, lonja, campo de fútbol; en fin, patio de Monipodio donde se da cita la menuda gente.

Asoma su cabeza tras el pretil un poste del tendido eléctrico, al que nosotros decíamos simplemente «el palo». Este poste era algo así como esos aparatos de las ferias para medir la fuerza, dinamómetro de masculinidad. El descender por él, rápido y sin miedo, era el espaldarazo ante los demás, y para mí, uno de los días más felices de pantalón corto, fué aquel en que conseguí deslizarme abrazado a su madero, descarnándome las manos.

Guardo un grato recuerdo del «Picadero, porque era un puente de bullicioso recreo entre las ecuaciones de primer grado y la Guerra de las Galias, un arco iris en aquéllos tiempos colegiales.

No sólo él, todos estos lugares son de sabrosa evocación para mí, testigos quizás de los mejores años; en complicidad con sus portaladas o agazapados tras sus pretilillos, nos hemos fumado el primer cigarro que es el de mejor sabor por su clandestinidad, esos pitillos de anís que comprábamos en el «puesto» de San Vicente.

Pero perdona, lector, porque te estoy hablando de mí en vez de hacerlo de estos chicos que corretean hoy, ahora.

Hoy juegan como ayer a muchas cosas, a las bolas, a «contrabandistas y ladrones» y todo el repertorio clásico. Pero se pueden hacer —puestos en plan de sistematizadores— dos grandes grupos de juegos: unos bélicos, predominantemente guerreros; otros estáticos, con abundancia de lo imaginativo,

que se corresponden evidentemente a dos formas de ser humanas: nómada y sedentaria.

Del mismo modo que se dice pueblos cazadores y pueblos agrícolas, podría decirse niños guerreros y niños ingenieros. Quizás fijándose en los primeros, Freud y sus discípulos han sacado las cosas de quicio, atribuyendo morbosos instintos y complejos raros a los subconscientes de estos niños que sólo piensan en jugar.

Pero como todo en la vida, ellos entremezclan también sus diversiones, y así lo mismo libran escaramuzas con pandillas limítrofes que canalizan y hacen presas en algún pequeño arroyuelo formado por el agua al liberarse de su metálica prisión subterránea.

Y hasta ahora, se han atenido a un patrón tradicional, han encarnado al Cid y han luchado moros contra cristianos; han creado redes ferroviarias con trenes más o menos despaciosos para ver el paisaje, y en sus obras hidráulicas han dejado su miajita de arte.

Pero ¡hete aquí! que estos niños han ido un mal día al «cine» o han escuchado la radio, y se han saltado el ambiente a la torera.

Me han dejado mal estos muchachos. Se han americanizado —que no es

civilizado— y no han tenido en cuenta los medioevales lugares, han perdido el respeto a las ancianas piedras.

En una rinconera de su cuarto han quedado las espadas de madera, y ahora tiene rifles y «bazookas»; sus trenecillos se han convertido en plateados aviones a reacción, con pretensiones de volar muy alto. Ya no jugarán más a libertadores de encantadas princesas, porque ésto es ya muy pueril para ellos y dicen que no existen.

Ellos arreglan todo con penicilina.

Este progreso —sólo tal en cuanto a lo físico— ha asesinado a la fantasía, lo más bonito que iba quedando en este mundo mecanizado, y se ríe de ella como una persona que está de vuelta de todo.

Ahora se entretienen en remedar a «ganster» que cometen atracos a mano armada y huyen en relucientes automóviles; para ellos es una menudencia cotidiana el realizar desfalcos en un Banco. Les he oído cómo escenificaban uno de estos pensamientos, uno de ellos, durante la representación, entraba en un bar y pedía «wyski» que le costaba ¡diez dolares! (sin acentuar). A pesar de que no me gustaba el juego, me ha hecho brotar una risa fresca, porque denota que a estos chicos no les va esta clase de esparcimientos. Y

es que no me imagino a uno de estos niños castellanos haciendo de malvado o transformado en general anglosajón.

Por eso pienso decirles que se olviden de exotismos inadecuados, que archiven este repertorio de actuales ¿héroes? que sólo conocen muy de lejos, cuyo nombre es para ellos nada más que sonido en el oído.

Les voy a recordar que hubo un hombre que descubrió América y otros —extremeños, castellanos— que la colonizaron y que lucharon con los indios de plumas y brazaletes de oro, con el único fin de enseñarlos cosas nuevas y mejores; que el más valiente capitán del mundo en su época fué un cordobés, del que guardan recuerdo campiñas italianas y flamencas.

No sé si podré conseguir que sustituyan la infantería de marina de USA por los tercios de Flandes con tantas cicatrices como gloria.

Pero lo que más me gustaría es que ellos emularan a un hidalgo manchego —D. Alonso Quijano—, que fué el más esforzado caballero andante que conocieran gentes, paladín invencible de pícaros y hampones y triunfador —ésta es su gran victoria— del tiempo.

¿Me harán caso estos chicos que juegan en la calle?

== TOLA LEFF ==

Si Toledo pudiera decir por sí solo, si pudiera contar y nombrar el extraordinario número de visitantes ilustres, célebres en el terreno del arte y de las letras que vienen y se van sin haber dejado nada, y habiéndoselo llevado todo en su corazón de artistas, porque hicieron su visita como un turista cualquiera, nuestra ciudad estaría sometida a un continuo consultorio de impresiones. Pero Toledo guarda este secreto porque así pudo ser la intención, porque así fué la extraña naturalidad con que estos artistas hicieron su sencilla presencia en sus calles milenarias, pensando, tal vez, que, venir a Toledo, es venir a respirarle, a vivirle y a olvidarse de todo. Y quisieron olvidarse de ellos mismos.

El pasado año, tuvimos visitas tan importantes como Jean Cocteau, Robert Vivier, Edmond Wandercammen y algunos otros, y puede decirse que pasaron casi desapercibidos. No nos importa en modo alguno confesar que ignoramos sus impresiones, porque se fueron con ellos. Sé que no ha sido la primera vez que nos han visitado y conocemos parte de su estudio sobre la Imperial Ciudad. Pero ver Toledo no es conocerle, y para ello se necesita tiempo; cada día puede escribirse un nuevo capítulo de un libro interminable, y este último lo hubiéramos querido leer, no adivinar. Hay veces que es preciso pedir al escritor —al artista— algo que quizá se resiste a expresar gráficamente porque prefiere gozarlo o sufrirlo él solo, y lo extraño es que no haya habido nadie que se lo pidiera en el momento preciso, por eso decimos anteriormente que se lo han llevado todo..., tantos y tantos visitantes autorizados, sin haber dejado nada... Claro que se nos puede objetar que ya se ha escrito bastante sobre Toledo, y hasta que no nos interesan más comentarios —halagos— que sirvan para recrear nuestros oídos. Pero todo es

necesario cuando se está escribiendo un libro interminable.

En estos días pasados pisó este suelo de Toledo una joven artista, y «Estilo» tuvo su representación, si no oficial, nos atrevemos a decir que moral. Se trata de la bella Tola Leff, primera bailarina del Teatro Clásico de Montevideo, S. O. D. R. E. (Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica) que se dirige a cumplir contrato con la Opera de París. Tiene beca del Estado Uruguayo y hace su jira por Europa en compañía de su esposo, don Antonio Hoffmann. Antes de esto que escribimos, se dió una nota en «El Alcázar» en que se subrayaban los grandes elogios que hizo de los artistas toledanos en el momento de visitar nuestro domicilio social: la Puerta del Sol. Sus palabras fueron tan dulces como «mimar este rico tesoro de poesía que es Toledo», para lo que ella quería sentirse sinceramente unida. Ya que tuvimos la suerte de encarnar esta representación, queremos, sin más elogios para esta gran bailarina, corresponder a sus sentimientos ofreciendo nuestra amistad sincera y firme de toledanos y españoles a todos los artistas del país sudamericano.

Nos complace dar esta noticia de la danzarina uruguaya, Tola Leff, porque, aparte de lo que hayamos podido decir de esta joven personalidad artística, puede ser el principio de una norma que deberíamos hacerla general para que nuestros nuevos valores sintieran más cerca el contacto del mundo de las Letras y de las Artes. Los que no tenemos nada de artistas, lo suplimos con nuestro interés por los que lo son y hallamos de vez en cuando algo nuevo, no menos interesante que los tópicos ya catalogados; y no nos referimos a que los descubrimientos sean nuestros, pero sí el hallazgo de los descubridores.

J. A. V.

TOLEDO, UNION ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

I

Toledo es una de las ciudades básicas para el estudio de la cultura de la Península Ibérica. Es más, diremos que es la ciudad básica por excelencia.

Sus empinadas cuestas acogen todos los estilos arquitectónicos y todos los vestigios de las más esplendorosas épocas de la Historia.

Podríamos hacer, calcando la historia de nuestra civilización, un estudio completísimo de la ciudad Imperial, pero al cabo, no diríamos nada nuevo y no haríamos sino recargar de datos, citas y fechas estas menudas cuartillas.

Por tanto, preferimos hacer más que un estudio, unas consideraciones rápidas, fugaces, pero a la vez precisas, que nos muestren la importancia de Toledo como llave entre Oriente y Occidente.

Las ideas irán estampándose en el papel, casi sin ningún orden, de una manera un poco febril, siguiendo solamente el impulso de nuestro pensamiento, que se detendrá ora en los monumentos, ora en las épocas...

II

TOLEDO OCCIDENTAL

En la ciudad de Toledo, convergen muchos estilos y se rememoran muchas épocas.

Cuando invadieron la península los bárbaros, se fueron asentando en todos los lugares de España, y fué en Toledo, precisamente en Toledo, donde se formó el centro que había de regir al gran pueblo visigodo.

Estas monarquías esplendorosas tienen su culminación con Recaredo, que se convirtió al Catolicismo en el tercer Concilio de Toledo.

Y algo muy importante en el mundo occidental eran estos famosos Concilios, siendo notable que cogiendo una lista de los Concilios celebrados en España, veamos a Toledo repetida hasta dieciocho veces.

¡Dieciocho Concilios se celebraron en Toledo entre los treinta y siete celebrados en el mundo!

El primer Concilio toledano, fué durante la dominación romana en España en el año 400, y asistieron hasta diecinueve obispos; cifra considerable si se tiene en cuenta la época y el año de la celebración.

Con la dominación visigoda en España, Toledo es centro indiscutible del mundo occidental.

* * *

Admiremos por unos momentos, la grandiosa Catedral Primada de Toledo, y observaremos en sus líneas el más puro y elegante estilo gótico. Toledo, como Burgos o como París con su Notre-Dame, tiene monumentos del más puro occidentalismo, y aunque siempre sería difícil dilucidar si el gótico nació entre las brumas de un país como la Gran Bretaña, o bajo el cálido y alegre sol de un país mediterráneo, lo cierto es que este estilo impera en Inglaterra y Centro de Europa.

Para Toledo, la Catedral es como una tarjeta de presentación como ciudad genuinamente occidental.

III

TOLEDO ORIENTAL

La estrechez de sus calles, lo tortuoso de sus cuestas, lo misterioso de sus callejones y de sus arcos sobre las calles, hacen de Toledo una ciudad oriental.

¡Santa María la Blanca!... ¡La sinagoga del Tránsito!... ¡La mezquita de Bil-Al-Mardon!...!, son jalones orientales que salpican a la Imperial Ciudad.

La mezquita de Bil-Al-Mardon, posteriormente llamada del Cristo de la Luz, que es como se la conoce hoy, tiene tal importancia arquitectónica, que si este monumento hubiese desaparecido o no hubiese sido construido, no podría haberse estudiado con tanta sinceridad la cultura arquitectónica del pueblo árabe paso a paso de sur a norte.

Esta mezquita es idéntica a la de Córdoba, pero de dimensiones mucho más reducidas, ya que se trataba de una mezquita particular.

IV

TOLEDO, NUDO DE ORIENTE Y OCCIDENTE

Por todo lo antedicho, vemos que en Toledo anida el más puro occidentalismo con el más arraigado orientalismo, y en Toledo se unen como en abrazo eterno estas dos corrientes para aparecer más esplendorosas en este maravilloso contraste.

Antes de terminar estas cuartillas, vamos a recordar dos hechos.

El primero es de curiosidad, más que de importancia.

Don Rodrigo Ximénez de Rada, hombre de gran cultura y personaje influyente en la corte, fué célebre Arzobispo de Toledo en tiempos del Rey Santo, y es curioso que un Arzobispo toledano escribiera una *Historia Gótica* y una *Historia Árabe*, uniéndose simbólicamente estas dos civilizaciones en el cerebro de este ilustre purpurado.

Y el segundo es un hecho de la máxima importancia cultural para la unión del oriente y el occidente.

Alfonso X El Sabio, rey que nació en Toledo en lo que ahora es Colegio de las religiosas llamadas Ursulinas, impulsó y continuó en esta ciudad la famosa tradición de la *Escuela de Traductores de Toledo*, ya que no tiene inconveniente de rodearse de colaboradores de distintas naciones y de diversa religión, y en afán de universalidad (políticamente al aspirar al Sacro Imperio Romano Germánico) cultural le lleva a difundir por toda Europa las obras científicas y filosóficas de los árabes y a recrear en Romance las crónicas y el derecho romano germánico, y de esta forma Toledo, Toletum, Tolaitola, se convierte en el verdadero nudo de unión entre el oriente y occidente.

Toledo en suma ha sido llamada la segunda Roma (la primera ciudad occidental), y Toledo únicamente ha sido comparada a la ciudad Santa: Jerusalén.

La ciudad Imperial, por tanto es la evocadora de las dos famosas ciudades que representan el Oriente y el Occidente.

SANDALIO DE CASTRO

“LA MENTIRA QUE FUE MAS ALLA”

(Cuento original de ALFREDO SOUTO FEIJÓO)

—¡Uf!

Con este monosílabo, compendiador de tantas cosas en general molestas, Manolo Cadilares se dejó caer en el butacón del coche-cama, quedándose todavía Herminia, su encantadora y reciente esposa, asomada a la ventanilla agitando el pañuelo al aire, en expresión de los últimos adioses a sus papás, deudos e invitados que allá en el andén permanecían hasta perderse de vista.

Naturalmente, el día había sido de tanto ajeteo y emociones —se trataba de la boda, señor— que a Cadilares le tardaban las horas en verse libre de todo ello, a solas con su Herminia, iniciando el viaje de novios; un viaje bastante larguito, eso sí, pero que tendría como descanso y remanso, por una temporada antes de reanudar el trabajo en su clínica en la capital, Altacreu, el pueblecito perdido en las estribaciones del Pirineo catalán.

Dos razones potísimas habían influido en la elección de tal pueblecito; una, por pasar allí los veranos una lejana parienta de nuestro protagonista, la tía-abuela Amelia, que, a pesar de sus años, había acudido a la boda e invitádoles a tal descanso, y otra, la principal para la recién casadita, la de que tal perdido pueblecillo era «que ni pintado» para aislar a su ídolo del elemento femenino (¿?!) siquiera fuese por una temporada.

Sí, no nos asombremos, Herminia era celosa, extremadamente celosa. La profesión de su marido, médico neuropata de moda, asediado, esta es la palabra, por una multitud de enfermos o pseudo-enfermos, en la cual entraba un crecido porcentaje de mujeres, la traía a mal traer; si ya de novia padecía por los entorpecimientos de sus entrevistas, suspendidas bastantes veces o llevadas fugazmente por culpa de largas consultas o avisos intempestivos, calcúlese lo que la esperaba ahora de casada.

Entonces, ¿por qué se unió para siempre a él? Por la eterna ley de los contrastes, por el instintivo subconsciente que nos impulsa a caer en aquello de lo que huímos, porque las mujeres «son así», en fin, porque «estaba escrito».

Bueno, porque «estaba escrito» y porque en Manolo Cadilares se reunían muy altas cualidades físicas y morales: buen tipo, elegante, culto, afectuoso, adinerado, correcto, trabajador y muchos más etcéteras. Así, no es de extrañar que conquistara de lleno el corazón de Herminia Torralba, mujercita también de muy buenas prendas personales, excelente partido por todos conceptos. Tenía, eso sí, el «pero» de los celos; cualquiera puede ser víctima de ellos, pero no tan excesivos. Más de una clienta perdió nuestro galeno a insistente indicación de Herminia, entre ellas aquella pobre-cita Luz Mariner, caso clínico digno de

estudio, difícil de curar y, por ende, en el cual había puesto Cadilares mucho afán, rayano en un significativo afecto, y como, la verdad, tanto hablara de dicho caso a su novia, que, sin conocerla personalmente, le tomó tal antipatía, hasta verse obligada a plantearle la cuestión: o ella o la otra. Y, naturalmente, ganó ella; la otra bien podía recurrir a otro especialista.

Ahora se encontraban en el tren, solos, el uno para el otro, olvidándose de cuanto les rodeaba, aislados del resto del mundo, diciéndose esas mil naderías sin importancia aparente, esencia y vida de todos los recién casados habidos, presentes y futuros. Y el expreso corría, volaba, tragando kilómetros, pasando por alto estaciones sin importancia, traqueteando casi sin percepción ruidosa, con ese runrún incitador al descanso y al sueño. Cruzaron regiones, visitaron capitales, saborearon las inspidas comidas de los restaurantes, intentaron el reposo en los horribles lechos de hoteles, pasó ante sus ojos el multiforme y multicolor kaleidoscopio de campiñas, plazas, avenidas, monumentos, paseos y edificios, y, como todo llega en este mundo, llegó la hora de «anclar» en Altacreu.

La tía-abuela Amelia les tenía preparado un alojamiento confortable por todos conceptos. La masía era un amplio caserón con vestigios de fortín que en tiempos de Carlos Martell hubieran construido los ahuyentadores de los árabes tras la batalla de Poitiers. Fuertes y sólidas paredes, cumplían actualmente su misión de no dejar pasar el intenso frío invernal, y, al presente, en pleno verano, la de mantener en una suave temperatura todo el interior de la estancia. Los departamentos daban a las feraces estribaciones pirenaicas, y era una bendición de Dios el poder recrear la vista en tan agradable panorama. Encontraron, pues, nuestros recién casados más de cuanto pudieran sospechar y apetecer, y los días posteriores a la llegada transcurrieron plácidos, tranquilos, sin más variaciones que las de breves excursiones a pintorescos lugares y altivos picachos, guiados las más de las veces por Antoret, el viejo colono, y acompañados alguna que otra por la tía-abuela Amelia, fuerte todavía como un roble.

Un encanto de vida, sí señor, pues la dicha tía-abuela quería rodearles de comodidades y alicientes, como expresión material del cariño que profesaba a Manolo, único descendiente en línea recta y a quien iría a parar aquella masía y terrenos adosados.

Era muy buena la tal señora. «¡Pero este marido mío — pensaba para sí Herminia—, tiene una familia encantadora!» Todos, todos son a cual mejor. ¡Qué dicha el haberme casado con él! La felicidad me sonrío; ni una nubecilla en el horizonte. Decididamente, he

hecho mi suerte. ¡No me cambio por ninguna mujer! ¡Que vengan ahora Tula Ramirez, Eloísa Almendros y tantas otras «íntimas enemigas» mías, incluyendo a esa desconocida Luz Mariner, o contemplarme, y rabiarán viéndome tan feliz!... Es decir, que «no vengan», ni esas ni ninguna, no hacen falta faldas. Estamos bien así, sin ellos, pues entre el elemento femenino no es cosa de incluir a estas conatadas payesas sin atractivos físicos ni a la nieta de Antonet, esa bravía y arisca chicuela, en la que apenas se inician las formas de mujer.

Y como obedeciendo al conjuro de su pensamiento, allí apareció Marieta, la nieta de Antonet. Traía una carta para don Manuel; se la había entregado Nico, el demandadero del Sanatorio de Fontfeda, edificio situado seis kilómetros más hacia la sierra pirenaica. El tal Nico bajaba al pueblo y halló providencial el haberse encontrado con Marieta, pues así le evitaba el rodeo de venir a Altacreu.

—¿No te dijo de parte de quién?

—No, señora. Me la dió, diciéndome: «Toma, esto para don Manuel, ese señor que está con tu ama doña Amelia.»

—Buena, pues yo se la daré; puedes retirarte.

—Quede con Dios.

—¡Pero si es de Farfán!

—¿Farfán? ¿Y quién es Farfán?

—Mi mejor compañero de Facultad. Si, mujer, alguna vez te hablé de él. Estudió en Madrid conmigo y terminada la carrera se estableció en Barcelona; desde entonces no he vuelto a verle. Seguí sus pasos a través de trabajos publicados en las revistas médicas y ahora me lo encuentro de director del Sanatorio de Fontfeda.

—Bueno, ¿y qué quiere de ti ahora?

—Mujer, verme, charlar, cambiar impresiones, que vaya allí, en fin, ya puedes suponerte; es especialista en neurología, como yo, y me invita a visitar su residencia.

—Ah. ¿Y vas a ir?

—Natural.

—Estamos en plena luna de miel, Manolo.

—No precisas recordármelo, nena.

—Pero si es que habíamos convenido en que, mientras durara este viaje, especialmente durante nuestra permanencia aquí, prescindiríamos del resto del mundo, sobre todo, de que eras médico.

—Pero ante un caso como éste...

—Desearía no hicieras excepción.

—¡Mujer!

Mimosa, desplegando sus galas femeninas, suplicante con la vista e insinuante con sus palabras, Herminia no cejó en su empeño hasta conseguir convencerle.

—Bien, no iré. ¿Estás contenta?

—¡Contentísima! Eres muy bueno, Manolo mío.

Como ni contestación diese a la misiva, Bernardo Farfán se personó en Altacreu. Insistió en el ofrecimiento, prometió robarle breves horas del

lado de Herminia, y ya, personalmente, no pudo ella negarse; no era correcto.

Allá en su íntimo, sola, sintió la punzada de los celos. ¿De quién? De cualquiera, de todos..., de alguna mujer —porque habría mujeres en el sanatorio, no le cabía duda— que entretendría con su charla odiosamente enfermiza a su Manolo y le haría olvidar que en Altacreu quedaba su mujercita, luchando contra la sierpe de los celos, maldiciendo una vez más de la profesión médica.

Recorrieron salas, visitaron dependencias, estancias de cura y reposo, todo conforme a los últimos adelantos. El visitante estaba en su elemento, maravillado de la modernidad de los métodos curativos, interrogando a unos y otros de entre los pacientes. Descendieron al jardinillo por donde discurrían algunos enfermos, y...

Lo mismo que «estaba escrito» que Herminia se hubiera casado con Manolo Cadilares, «estaba escrito» que éste se reencontrara con Luz Mariner durante su viaje de bodas y donde menos lo esperaba. ¿Fantasía novelesca? No, realidad; «estaba escrito», como sucede en muchas coincidencias de la vida, conste así.

—¡Manolo!

—¡Luz!... ¡Quién podría sospecharlo!

—Ah, ¿os conocíais? Siendo así me evito la presentación.

Cuatro frases banales, cuatro frases intrascendentes se habrían cruzado entre los tres, cuando un enfermero vino a advertir al doctor Farfán sobre la llegada de un nuevo cliente.

—¿Me perdonas? Tú eres de confianza. Os dejo; luego vendré.

—Hombre, Manolo, no faltaba más.

Y allá se fué éste, seguido del servidor, quedando solos Luz y Cadilares.

—¿Qué tal te encuentras?

—Ya lo ves; ésto se va. Te has portado muy mal conmigo.

—¡Luz!

—Sí, muy mal, ya lo sabes. ¿Por qué no quisiste continuar tratándome?

Y como él no supiese qué contestar, prosiguió:

—En tus manos, por lo menos, sentía alivio, y no dudastes en negarte a mi requerimiento.

—Mujer, verás..., partió de tí el suspender la curación.

—Claro, mientras salí con mis padres de veraneo el año pasado. Cuando volví en Octubre...

—No me dijistes nada de eso. Me enviastes una tarjeta anunciándome simplemente tu ausencia. Yo lo interpreté en el sentido de, ¡qué sé yo!, no estabas satisfecha de mí, y..., ya puedes suponerte, en mi profesión la sospecha de pérdida de confianza en el médico influye mucho en nuestro ánimo.

—¿Podías creer eso de mí?

Y como él continuara callado, prosiguió:

—Pero, ahora que me has encontrado, volverás a atenderme, ¿verdad?

—No nos es factible entre los especialistas el inmiscuirse en los planes de otro, a no ser que éste nos requiera. Además, Bernardo Farfán es una

autoridad en esta materia y lo considero muy superior a mí.

—Pero si yo se lo indico...

—No lo harás, te lo ruego.

—Entonces, pediré el alta y...

—Tampoco harás eso, sé razonable.

—¡Tanto como me quisiste... o decías quererme!

—Y te quiero.

Quedó la nubecilla de este «te quiero» flotando en el aire. Para Luz, como si fuese un balón de oxígeno vivificador; para el doctor..., ni él mismo podría explicar la razón de haberlo dicho, mas si se le hubiera apremiado, daría como explicación —y quizás fuese verdad— de que fué una mentira piadosa.

Había querido a Luz como se quiere, o cree quererse, a la novia de ocasión (muchas de las cuales ascienden a la categoría de esposa). Clínica abierta, el doctor Cadilares al frente, una enferma depauperada física y anímicamente, Luz Mariner, caso grave (inapatencia absoluta, rebelde a todo estimulante), abulia completa, enfermedad difícil de curar, tratamiento largo, conversaciones, afectos profesionales por parte de él que ella traduce en sentimentales, palabras que van más allá de la intención, promesas, noviazgo.

Pero un noviazgo raro, ¿cómo lo diremos?, «científico», valga la palabra, en el que Cadilares se escudaba para imponer su plan curativo y conseguir la mejoría de Luz y ésta se «alimentaba» con ese amor y se dejaba guiar en el tratamiento. Conste, pues, que, basándose en el dicho «Hágase el milagro y hágalo el diablo», a tal procedimiento se aferró nuestro protagonista. Si la curaba, miel sobre hojuelas; si no, mejor. ¿Mejor? Sí, como luego veremos. Y conste también que este «te quiero» actual surgió de labios del doctor, nacido, es verosímil, del alma, pero pasado por el cerebro. Del alma, como piedad; del cerebro, como convencido de la mentira.

Y esta mentira fué sosteniéndose en días sucesivos, aunque no con la frecuencia que demandaba la lástima sentida por Cadilares hacia la vida de Luz, que iba apagándose a ojos vistas. Lástima por la vida de Luz, por aquella vida que tanto deseaba conservar él como profesional y como amigo.

* * *

Mas era preciso distanciar las visitas; sus obligaciones, obligaciones del corazón para con Herminia, así lo exigían. Hasta que llegó a Altacreu un esperado y apremiante aviso.

Vino en forma de carta, como la invitación primera de Bernardo Farfán; y como la invitación primera, la recogió Herminia. Mas como la letra del sobre de la invitación primera, no era; los trazos de aquélla se manifestaran vigorosos, masculinos; los de ésta, atenuados, femeninos.

Pasó rápido Manolo Cadilares su vista por las cortas líneas del escrito. Su mujer, a su lado, silenciosa, trató de descifrar la impresión de la lectura en el ánimo de él; no lo consiguió, ni

tiempo tuvo de inquirir, porque, cuando quiso darse cuenta, ya su marido tomaba a grandes zancadas el camino del sanatorio.

Y los celos, unos celos terribles, se apoderaron de ella, impulsándole a seguirlo.

Se lo encontró ya de vuelta, cuando Herminia apenas había andado la mitad del trayecto. Se lo encontró cabizbajo, ceñudo, abatido, apretándose los dientes en un esfuerzo para reprimir el dolor. Hizo valer sus derechos de esposa para saber la verdad, toda la verdad, pero no hacía falta tal actitud para que él no tuviese inconveniente en confesarse con ella, a quien no debía ocultar la verdad desnuda, toda la verdad exigida.

Y para mejor comprensión, le alargó la carta.

«Quisiera llevarme más allá la certeza de tu cariño. ¿Será mucho el exigirte que vengas a verme por última vez?—I uz.»

Quedó anonadada, sin poder balbucir palabra, mas recobróse a poco.

—Manolo, ¿qué es ésto?

—Una carta de Luz Moliner, ya lo ves.

—¿De Luz...? ¡Qué horror!

—¿Te asustas?

—Me asusta tu tranquilidad al decirme lo.

—Era mi deber. Pensaba hablarte clara y lealmente.

—Pero Manolo, ¿de qué clase de naturaleza estás hecho? ¿Con qué cinismo me descubres tu infidelidad?

Rompió a llorar en amargo desconsuelo. Y como él tratase de acariciarla, saltó para desasirse.

—¡Déjame!, ¡eres un monstruo!

—Herminia, nena, nena mía, óyeme júzgame. Te juro por lo más sagrado, por cuanto me digas y exijas, que ni el menor asomo de traición hacia tí, a mis deberes, a nuestro amor, hubo en esto.

—¿Entonces?

—Pequé, es cierto si quieres, mas si algo disculpa a mi falta, atribúyelo a mi debilidad. Fuí débil, sí, no pude sobreponerme a la lástima que me inspiró esa mujer.

—Explicáte.

—Sus días estaban contados. Tanto ella, como el doctor Farfán, como yo, lo sabíamos. Ignoraba la estancia de Luz en el sanatorio, me la encontré destrozada ya de cuerpo y de espíritu. Quiso renacer un amor muerto y me presté a la farsa. ¡Me daba tanta pena su estado!

—¡Qué horrible! Pero tú...

—Insisto en mi juramento. No me costaba ningún trabajo esa mentira de amor. Si con ella se iba feliz al más allá..., ¿comprendes?

—No sé, no sé... Necesito calmarme, coordinar ideas, reposar de este choque brusco, llegar a «comprenderlo» como tú deseas.

—Sí, nena mía, yo haré todo lo posible, y al fin crearás, te convencerás de que con Luz sólo me unió una mentira, esa mentira que sólo sirvió para hacerla feliz, llevándosela al más allá.

F I N

UN LIBRO DEL CONDE DE CASAL SOBRE LA CERAMICA DE TOLEDO

Termina de salir a luz pública la segunda edición de este interesante estudio sobre la Cerámica de Toledo. La mano próspera del autor fué acumulando notas y datos que hoy son valiosísimos para artistas e investigadores, ya que nada se había escrito sobre la cerámica de Toledo fuera de las alusiones de algunos eruditos.

Las primeras noticias de la cerámica toledana están relacionadas con la «Escritura de depósito de loza» de Abuchafar Ahmed Ben Mohamed Ben Mogueite, de Toledo, que murió en 1066, ¡diecinueve años antes de la toma de la ciudad por Alfonso VI! En ella se habla de «escudillas de barro vidriado embadurnadas por dentro de cristal blanco y por fuera de cristal amarillo»; es la típica loza de reflejos dorados.

La alfarería se cultivó especialmente en los monasterios toledanos, como lo demuestra la carta de Doña Juana de Mendoza, bisabuela del Rey Católico, solicitando en 1422, de la Abadesa de Santo Domingo el Real, una partida de azulejos en blanco y negro.

Hacia los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI, se fabricaron esas grandes tinajas de uso doméstico, expuestas en las salas del Museo Arqueológico de Toledo, con decoración gótica o con notas de mudéjarismo

local a base de hoja de vid, escamas o grecas renacentistas, de forma redondeada y muy disminuídas en su parte inferior.

Los brocales de aljibe toledanos son aún de mayor importancia artística; se elaboraron con fastuosidad litúrgica, ya que el agua era objeto de culto para los orientales, por eso se prodigan sobre la parte superior del brocal, en caracteres cúficos, esas franjas de alabanza al Señor. El Museo «Victoria y Alberto», de Londres, exhibe uno curiosísimo, hecho por mudéjares toledanos en el siglo XIV y adquirido en Toledo, de donde salió a finales del pasado siglo. El principal adorno de estos brocales suele ser la llamada Mano de Fátima, amuleto corriente entre los árabes que indica los cinco mandamientos del Korán.

El siglo XVI, repleto de fastuosidad cortesana, congregó en Toledo a los mejores artistas junto al poderoso Emperador Carlos; también acuden infinidad de alfareros, con fábricas tan florecientes, que llegan a exportar sus obras a centros cerámicos tan importantes como Sevilla y Valencia, deseosas de seguir las modas que se cultivan en la Corte Imperial.

En cuanto a la azulejería toledana, el autor distingue cuatro agrupaciones bien determinadas: la de *vetrería*, pro-

pia para holambrillas; la de *lacierias*, tan peculiar del estilo mudéjar; los francamente *renacentistas* y los *heráldicos*.

Los del primer grupo están decorados con liebres pasantes, fueron hechos a últimos del siglo XV y primeros años del XVI, es gótico su decorado y pertenecen a la técnica llamada *de cuenca*. En el segundo grupo se dan esos azulejos de tanta variedad de estrellas, con tonalidades blancas, meladas y verdes de los zócalos y de los que era un acabado ejemplar el Convento de San Juan de la Penitencia, destruído por los marxistas.

La segunda y tercera partes del libro están dedicadas a las Fábricas, a los distintos estilos que se cultivaron en el siglo XVIII y a los alfares de los Covarrubias y Montoyas. Cerca de cuarenta páginas de láminas, muy bien presentadas, completan este estudio, de cuyo interés juzgará el lector por estas notas que hemos entresacado de su obra.

Como ejecutoria de su acendrado toledanismo, el Sr. Conde de Casal, Hijo Adoptivo de nuestra ciudad, Académico Honorario de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas y figura señera de la aristocracia y de la cultura española, dedica su libro a «la Imperial Ciudad, capital artística de España».—C. P.

AL AMOR DE LAS PALABRAS (de J. A. Sánchez Mateo)

El inspirado poeta abulense, aunque naciera en Medina del Campo, Juan-Aurelio Sánchez Tadeo, ha lanzado al aire la voz vigorosa de sus versos:

«Colgaré en los viejos chopos
la tela azul de mi carne,
como un pedazo de tiempo
clavado en la misma tarde».

Y así quedó como la canción solitaria de los chopos en los que clava su melancolía otoñal el ambiente de la ciudad que todo lo petrifica en sueños de eternidad dormida:

Verde el cielo, rojo el río,
el monte gris y yo eterno
.....
la tarde tiene en los pinos
tu corazón de silencio.

Corresponden sus poesías a tres años (1952 a 1954) y en cada época vemos superarse al poeta. «Al Amor de las Palabras», de J. A. Sánchez Tadeo, es una preciosa antología sobre los motivos de Avila y de su paisaje.

CLEMENTE PALENCIA

CANTO A HILDEGARD

Yo canto a la Alemania Joven en tu figura vertical,
en tu silueta de cisne triste y dorado,
en tu mirada de ausencia eterna,
en tu leve gesto de insinuación total.

Yo canto en ti la Historia sin tiempo y sin espacio,
y canto la cultura de milenios y la fuerza racional.
Yo canto en ti la vida tenaz y fuerte de tu pueblo,
y el futuro amanecer de abril alemanes de unidad.

Alfonso ARÉVALO MARTÍN

* * *

ARCA DE DEVOCIÓN

Tan ténue encanto que el silencio besa
como alborada del cercano nido,
amor, tu sueño ardiente en un latido,
fondo desnudo de mi entraña obsesa.

Presagios que se aferran en la presa,
corola inmensa del placer vivido.
Luz entre ardor, mi canto está encendido
en casta sensación hecha promesa.

Solitario fervor en el retiro
concede tu verdad a mi destino,
palpitación que nace de un suspiro

en mi compás de inquieto peregrino:
Yo voy sabiendo en mi pasión más loca
el secreto del beso de tu boca.

Mario Angel MARRODAN

Noticias de Nuestra Asociación

El Concierto del 24 de Abril

«Estilo» se propuso mantener en actualidad cualquier manifestación artística, y lo viene cumpliendo con toda fidelidad. Junto a la brillantez de sesiones poéticas, como la del 19 de Marzo en homenaje a Garcilaso, o la del pasado Noviembre a San Juan de la Cruz, organizan «Los Jueves de la Puerta del Sol», en donde hemos escuchado a verdaderas autoridades en las materias a desarrollar. Fueron visitadísimas las exposiciones de pintura.

El sábado 24 de Abril pudimos asistir, gracias a los desvelos de la Junta Directiva, a un gran acontecimiento musical que se celebró en el salón de fiestas del Centro de Artistas e Industriales, generosamente cedido por su Presidente.

La asistencia fué extraordinaria, y tuvimos ocasión de admirar los grandes progresos de Carmencita Vera como soprano ligera. Ya se destacó notablemente en su último recital lírico de Julio en la Casa de Mesa. En el del día 24 tuvo intervenciones insuperables, matizando con toda perfección la voz, unido todo a su simpatía personal, que tanto agrada al auditorio.

El tenor Miguel Sierra estuvo también afortunado, lo mismo que el pianista Federico Quevedo, que ya es conocido entre nosotros por su maravillosa ejecución. La interpretación del estudio de Chopin fué aplaudido con tal insistencia, que tuvo que ofrendar al selecto auditorio con obras fuera del programa, como tuvieron que hacer la señorita Carmen Vera y el tenor Miguel Sierra.

Este espectáculo fué de extraordinario agrado del público, como lo demostraron los vibrantes aplausos tributados a los tres artistas, y rogamos a la Junta Directiva que tenga en cuenta este detalle para no

olvidarse de estos conciertos, que deseamos sean más frecuentes.

Nuestros asociados D. Guillermo Téllez, Luis Serrano Vivar, Antonio de Losada, Manuel Esteban Infantes y Clemente Paiencia, tuvieron un éxito notable en el Primer número de la revista hablada «La Campana Gorda», que tanto aplaudió el Centro de Artistas e Industriales en la reunión familiar celebrada el domingo día 25 de Abril.

Han ascendido en su carrera profesional, pasando a Profesores numerarios de Entrada en la Escuela de Artes y Oficios, nuestros asociados Cecilio Béjar, Antonio Bardón y María Luisa García Pardo. Sobradamente son conocidos de todos los lectores los méritos que asisten a estos consumados artistas, estimando como muy justa esta disposición del Ministerio.

Ha producido hondo sentimiento en nuestra Asociación el fallecimiento, ocurrido el día 2 de Mayo, de la Srta. María de Cardona Bravo, que durante su estancia en Toledo participó en nuestras actividades, colaborando repetidas veces en AYER Y HOY.

Han intervenido también nuestros asociados don Juan Francisco Rivera Recio y Juan Antonio Villacañas, en el Centro de Artistas, con dos conferencias, el primero sobre «La liturgia de la Semana Santa», y el segundo sobre «La poesía religiosa y Cristo crucificado». Fueron muy aplaudidos.

ACOTACIONES A DOS LIBROS

POR C. P.

El ilustre investigador talaverano Dr. D. Gregorio Planchuelo Portalés, Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Guadalajara, sigue trabajando con ese alto espíritu que él pone en su honrada documentación. Prometemos dedicar un estudio detenido a sus dos últimas obras publicadas, notabilísimas ambas, por referirse una de ellas al río Jébaló, ya que en su obra vemos interesantes aportaciones para la economía de la Jara, y en la segunda, *Estudio del alto Guadiana y de la altiplanicie del campo de Montiel*, vemos la consagración de su personalidad como investigador de altura, pues se trata de su tesis doctoral, que mereció el galardón por la Universidad Central del Premio Extraordinario del Doctorado.

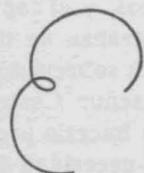
“Las piedras fueron testigos” por R. López de Atalaya

Entre el número ingente de novelas que hoy aparecen, rara vez podemos terminar satisfechos la lectura de ellas; se acude en seguida a la solución vulgar o al recurso inverosímil; cansan por su artificiosidad.

Esta novela de López de Atalaya, que tiene por fondo y trama el castillo de Belmonte y acciones de guerra, con protagonistas que parecen invisibles, porque no tienen ni nombre y son, sin embargo, tan acusados de personali-

dad, que tardamos mucho en alejarlos de nuestra imaginación, nos recuerda los personajes de aquellas deliciosas novelas de Suderman, en su «Camino de los gatos» o «El molino silencioso».

La tara psiquiátrica del fetichista, del inveterado desaprensivo, de la mujer procaz o de «la pastora», son nuevos aspectos dentro de la interpretación de la novela, que López de Atalaya inaugura con indiscutible acierto.



NOTA.—Los Autores, Editoras y Distribuidoras que deseen ver en esta Revista la crítica de sus publicaciones, harán el favor de enviar dos ejemplares a: A. S. F.—Redacción de AYER Y HOY, Alfonso XII, 9 - Toledo.

RESEÑA DE REVISTAS

ADVINGE.—*Revista Literaria*. Febrero-Marzo, núm. 17, Capitán Oviedo, 17, Jaén. Dirigen: Francisco Herrera y Diego Sánchez del Real. Colaboran: J. M. Cardona, Mariano Roldán Villén, Rafael Palomino Gutiérrez, Felipe Molina Verdejo, M. García Viñó, D. C. Muñoz, Francisco Herrera, César Martínez, Diego Sánchez del Real, Adolfo Muñoz Alonso, Rafael Láinez Alcalá, Dolores M.^a Olmo, Jesús de Torres Cabezano, Rafael Palma, M.^a Antonia Sanz Cuadrado, Bonifacio Gutiérrez Fuentes, Juan Gómez Millán, Francisco Arenas, Enriqueta Isabel Barrera, Antonio Herrera Murillo, Francisco Izquierdo, M. Arjonilla.

ALCALÁ.—*Revista Universitaria Española*, núm. 55. Director-Gerente, Marcelo Arroita-Jáuregui; Redactor-Jefe, Hilario Martínez Ubeda. Direc.: Alcalá, 44, 6.^a Planta, Madrid. Colaboran: Rodrigo Fernández Carvajal, Fernando de Urbina, Alberto Manent, Rafael Castejón, Juan Fernández, J. A. Gómez Meana, Manuel Ortuño, Germán Seijas Román, Agustín S. Puértolas, G. R. Galiana, Daniel Sueiro, Santiago Riopérez y Milá, J. M.^a Rodríguez Méndez, A. Antón Andrés. En verso publica «El río», de Jaime Ferrán.

ARQUERO.—Núm. 8. Madrid, Marzo 1954. Direc.: Jardines, 20, Madrid. Colaboran: M.^a Antonieta C. Viso, Tomás Alonso Fernández, Domingo Martínez Benavente, Vicente C. Cebrián, C. M. F., Fernando García Ramos, Vicente Lluch, José Barrecechea Tubilla, Luis Morales Conteros, M.^a Mercedes Seguí, Nicolás Fontanillas, Emilio Nadal del Moral, Juan Liscano, Benedicto L. de Blancas, J. M. Rodríguez-Méndez, Manuel Martínez-Remis.

CONSIGNA.—*Revista de la Sección Femenina*. Marzo, núm. 158. Publica, entre otros, un artículo sobre los novelistas del siglo XIX, de Carmen Bravo Villasante; poesías de Juan Ramón Jiménez; Antonio de Guevara o el Imperialismo intelectual, por Manuel Ballesteros Gaibrois.

EDICIONES ENSAYOS.—Pedro Tejeira, 3, Madrid. Ha aparecido recientemente una colección de *Cuentos españoles contemporáneos*, entre los que se publica uno titulado «Historia de un Sábado», de nuestro asociado y destacado poeta de ESTILO Alfonso Villagómez Rodil. Tanto por la originalidad del asunto como por el estilo, merece nuestra más efusiva felicitación el amigo Alfonso Villagómez.

GANIGO.—*Poesía y Arte*. Núm. 7. Enero-Febrero 1954. Direc.: E. Gutiérrez Albelo, Apartado 193, Santa Cruz de Tenerife. Colaboran: Pino Ojeda, Félix Casanova de Ayala, Chona Madera, Pablo Pou, E. Gutiérrez Albelo, Pedro Bethencourt, Luis Doreste Silva, Felipe P. Ravina, Josep Miracle, María Mulet, N. Sanz y Ruiz de la Peña, Julio Tovar, José Apolo de las Casas, José Sosa Suárez, Francisco Navarro. (Viñeta de Juan Davó).

IXBILIAH.—*Letras y Artes*, núm. 1. Dirige: María de los Reyes Fuentes, Cristóbal de Monroy, 3 o Excelentísimo Ayuntamiento, Sevilla. Colaboran: Carmen Conde, Rafael Vicente Argüelles, Eva Cervantes, Icaro, Pilar Paz Pasa-mar, Antonio Murciano, Armando Rojo León, Eduardo Moreira, Mercedes Chamorro, Jean Poilvet Le Guen, Carlos Murciano. (Dibujos de M. Flores).

LA NIÑA.—Nueva edición poética de Huelva, fundada por Diego J. Figueroa, Pedro Bargueño y José María Aguirre. Redac.: Puerto, 40. Colaboran en este primer número, correspondiente a Marzo de 1954, José Luis Gutiérrez, Carlos Murciano, José Ramón de Irueta-Goyena, Rafael Morales, Luis López Anglada, Ramón de Garcíasol, Diego Díaz Hierro, Francisco Pérez Gutiérrez, Juan Antonio Villacañas, Pedro Bargueño, Diego José Figueroa, Aurelio J. Díaz Muñoz y Rafael Laffón.

MAIRENA.—*Revista de Poesía*. Director: Enrique Azoaga, Mansilla, 2.609-3.^o, Buenos Aires. Contiene tres Secciones. I. Poesía inédita: Vicente Barbieri, Antonio Aparicio, Rafael Alberti, Jorge Vocos Lescano, Vicente Alexandre, Horacio Amigorena, Aquilino Iglesias Alvarino, Miguel Labor-deta, Enrique Azoaga, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, Rafael Morales. II. Poesía escogida: Se reproducen, tomadas de distintas publicaciones, poesías de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Paul Valéry, F. García Lorca, Gerardo Diego y otros notables poetas. III. Crítica: Seis páginas de noticias sobre libros y autores, completísimas por lo selecto y por el buen criterio del censor.

PLEAMAR.—*Estaciones de poesía*, número 3. Dirige: Mario Angel Marrodán, Larrea, 10, Baracaldo, Vizcaya. Colaboran: Amparo Gastán, Gabriel Celaya, Eduardo Moreiras, Manuel Alvarez Ortega, Vicente Ramos, E. Gutiérrez Albelo, Antonio Rebordao Navarro (versión de A. F. Molina), Antonio Leyva Fernández, Jacinto López Gorge, Ricardo Orozco, Emilio Ruiz Parra, Antonio Murciano, Pedro Pérez Clotet.

FONDO Y FORMA

De aquí al Caos.—Novela por *Leandro Castro*.

El autor nos relata las impresiones de cada sector social de los habitantes de un pueblo, escalones de la masa popular, al ir enterándose día a día, a veces momento a momento, de la inminencia, cada vez más próxima, de una guerra totalitaria mundial. Prensa, televisión, altavoces de radio, comunicados especiales, van dando cuenta de todo un proceso de acontecimientos políticos y diplomáticos, que no pueden evitar el conflicto, y sus esfuerzos para allegarse aliados que

equilibren las fuerzas e infundan pánico en el contrario para no iniciar la lucha. El libro termina cuando ambos bandos lanzan la orden de movilización de guerra.

La exposición de las reacciones psicológicas de la masa, la creación de ambiente, el dramatismo de las gentes al verse inminentemente víctimas de los procedimientos bélicos, y el capítulo dedicado a la esperanza de un mundo mejor para quienes sobrevivan, nos demuestra que el señor Castro domina el idioma hasta hacerlo profundamente patético, sin necesidad de recurrir a tópicos sentientaloides.

Destello de luz.—Cuentos por *Luis Bernal*.

Siete cuentos nos muestra el joven escritor señor Bernal. Siete cuentos desiguales en su contenido, interés y forma. Parece que unos son balbuceos de su iniciación literaria y otros, como «El Túnel», logrados completamente. Nos permitimos aconsejar al señor Bernal que, en una futura salida al campo de las letras, lo haga espigando bien de entre sus producciones, y no entremezcle «la paja con el grano», como vulgarmente suele decirse, si quiere alcanzar un nombre digno en la república literaria.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

